

Llegar a la raíz

Sobre la vida de Amadeo Ventura no se sabía mucho. Su historia estaba envuelta en un halo de misterio que jamás logró disiparse del todo. Nadie conocía con certeza dónde había nacido, si era cercano con sus padres, o incluso cuántos años tenía realmente. Algunos vecinos juraban que lo habían visto en la provincia desde tiempos inmemoriales, como si fuera parte misma del paisaje. Aquello era imposible, claro; él era mortal como cualquiera de nosotros. El punto es que era, para muchos, una presencia constante, como la niebla en una mañana invernal o el canto de las aves cuando caía la tarde.

Vivía apartado del resto, en una parcela ubicada en las afueras del pueblo, justo sobre un promontorio que dominaba el valle entero. Desde allí, su casa de madera se asomaba con suma timidez entre los árboles, como un secreto bien guardado. Aquel lugar, por aislado que fuera, le otorgaba una vista privilegiada: campos verdes ondulando con el viento, caminos de tierra que serpenteaban hasta perderse en el horizonte, y los tejados de las casas diseminadas como pequeñas pecas color terracota.

El sendero que conducía hasta su hogar estaba flanqueado por litres y boldos, cuyos troncos torcidos parecían contar historias antiguas. Entre sus ramas, la luz se filtraba en forma de destellos dorados, danzando sobre la tierra húmeda y las piedras musgosas. Ya en la cima, los visitantes podían encontrarse con un jardín casi encantado: limoneros altos que esparcían su fragancia por el aire, laureles que susurraban con la brisa, y una alfombra de pasto verde intenso entrelazada con flores silvestres y enredaderas rebeldes.

Pero había un detalle que capturaba de inmediato la atención de cualquiera que visitara aquel paraje: un majestuoso maitén que se alzaba con imponente presencia en medio del terreno. Sus ramas se extendían como brazos protectores, proyectando una sombra fresca y acogedora. Aquel árbol, dicen, se podía ver desde cualquier rincón de la provincia. Era un faro vegetal, una especie de vigía silencioso que parecía cuidar no solo la casa, sino también la provincia entera.

Cuando don Amadeo bajaba al pueblo, no pasaba desapercibido. Su figura alta y erguida sobresalía entre la multitud, y su frondoso cabello canoso, al igual que su espesa barba, le conferían un aire casi mítico. La gente local tenía la certeza de que las nubes se movían a la altura de sus ojos. Siempre vestía con ropas sencillas, pero pulcras, y caminaba con paso tranquilo, como quien no tiene apuro porque ya ha aprendido a escuchar el ritmo del mundo. Su actitud era siempre positiva, su sonrisa genuina, y sus palabras, pocas pero justas.

Tenía la costumbre de ayudar a quien lo necesitara. Si alguien tenía problemas para pagar la renta, Amadeo lo acogía sin dudar. “Puedes quedarte el tiempo que necesites”, decía con voz serena, abriendo las puertas de su casa y, con ello, también su corazón. Cuando alguna madre necesitaba que cuidasen a sus hijos, él los recibía en su jardín, donde ellos jugaban entre las flores y descansaban bajo la sombra del gran maitén, estallando en risas mientras él les contaba historias inventadas o simplemente les enseñaba a observar el paso de las nubes.

— Sumamente perceptivo era, ese hombre — solía decir mi abuelo, que fue vecino suyo durante años —. Bastaba con que viera una sola nube en el cielo para predecir la lluvia. Y lo de la tierra... ¡Ah! Tenía un don. A veces tomaba un puñado de tierra

entre sus largas manos, la frotaba entre los dedos, y nos decía exactamente lo que necesitaba: “Tiene demasiada agua”, “le falta abono”.

Según mi abuelo, también tenía un vínculo especial con los animales. Era común ver aves posarse sin temor sobre su hombro, o perros ajenos acostarse tranquilamente a su lado.

— Le encantaba el sol — agregaba, con una sonrisa melancólica —. A veces conversábamos en su jardín, y de repente se quedaba en silencio. Cerraba los ojos, levantaba la cara al cielo y dejaba que la luz lo envolviera. Yo lo imitaba, claro. No sé si por respeto o por curiosidad. Pero, ¿sabes qué?... Me hacía bien.

Así pasaba las tardes con mi abuelo cuando este nos visitaba en Santiago, hablando cualquier maravilla de este misterioso ser. En ese entonces, yo no lo había visto, mas la precisión de sus descripciones bastaba para tener una imagen nítida en mi mente.

Por desgracia, no alcancé a conocer a Amadeo Ventura como lo hizo mi abuelo: fuerte, vital, dueño de una calidez que tocaba el alma y una presencia que te daba paz. No, la primera vez que lo vi estaba acostado sobre la fría mesa metálica. Seco, maltrecho. Muerto.

Cuando vi el anuncio, me llamó la atención su bajo atractivo. Largas horas, doctores de mala fama, renunciadas de personas previas que no podían lidiar con la intensidad del trabajo; y puntos CONISS que podían estar a mi nombre. No me culpen, yo quería Medicina Interna. Conseguí la pega rápidamente.

— No te sientas halagada — me advirtió la doctora Gutiérrez, — vinieron sólo tú y alguien más, y había únicamente dos puestos por llenar.

Las reglas en la morgue eran bastante simples de recordar. Ser puntual. Usar EPP, siempre. No alargar el receso de almuerzo. No alterar la temperatura. Desinfectar antes, durante, después, en todo lugar, a toda hora. Nunca, ¡nunca! comer cerca del cadáver. El paciente muerto se debe tratar tan bien como aquel que sigue vivo, tal vez incluso mejor.

Mis tareas en un inicio eran monótonas y repetitivas. Contestar llamadas. Acompañar en los traslados. Cooperar con los registros. Entregar pertenencias a los familiares. Consolar a los familiares. Pedirles a los familiares que por favor no nos agredan. No fue hasta meses después, una tarde, cuando la doctora me dio nuevas indicaciones. Hasta ese instante, no tenía permitido ni siquiera dirigirle la mirada al cuerpo.

— Además del registro, me vas a ayudar a inspeccionar y tomar las muestras también. Blanco, a ti te toca hablar con la familia.

Suponía que finalmente la doctora se había fijado en mi esfuerzo, mi dedicación, mi indomable perseverancia, o la manera en que Blanco se rascaba la nariz posterior a la inspección del cuerpo.

—¿Qué estás mirando?—me dijo—. Empieza a anotar.

Según relató Blanco, no logró dar con ningún familiar ni pareja de don Amadeo. Había llegado a tal punto de que Blanco creía que se había equivocado de nombre, o se encontraba ante un mito urbano. No obstante, una vecina del sector, doña Carmen, se le acercó para confirmarle la existencia (¿o ahora inexistencia?) de este personaje y compartirle su versión de los hechos.

Aparentemente, habían transcurrido ya un par de semanas desde la última vez que don Amadeo había bajado al pueblo. En aquel momento, nadie pareció alarmarse

por su ausencia, creyendo que simplemente se encontraba de mal humor. De qué, precisamente, no sabía doña Carmen, pero intuía que tenía relación con la fábrica que se había instalado hacía poco en las cercanías de su propiedad.

—Y con el humo que tiraban, ¿cómo no estar apestado?—comentó, indignada.—Habían cubierto su preciado cielo de gris. Don Amadeo sospechaba que también estaban contaminando el río cerca de su casa. No tenía ninguna prueba, claro, sólo la certeza de que algo no andaba bien.

Fue un martes, mientras hacía sus compras en la feria, cuando doña Carmen se topó con don Javier. Él, de igual manera, compartía sus sospechas sobre la extraña y retraída conducta del hombre. Preocupados, decidieron subir juntos hasta la cima de la colina donde vivía. El camino, flanqueado por árboles que aún conservaban su verdor, les pareció inquietantemente silencioso. Al llegar, notaron que el jardín, antes vibrante y alegre, se encontraba desolado; un pastizal gris y seco que recordaba al de un cementerio. Y cómo no pensar eso, si no se escuchaban el canto de las aves, el vuelo de los insectos. El gran maitén, antiguo protector, ya no lucía como antes. Sus ramas, secas y decrépitas, colgaban girando al compás del viento, poco a poco cayendo por efecto de la gravedad. Un tronco débil y delgado que no podía sostener el peso del mundo por más tiempo. ¡Y las hojas! Sólo tres pudo hallar, el resto habían caído al pasto o se habían perdido con la brisa. Doña Carmen se encontraba cautelosa ante tal apagado ambiente. Sin embargo, lo que más le perturbaba no era esta ausencia de fauna, sino el nuevo y profundo silencio que se había instalado en el lugar, como si la vida misma se hubiese rendido.

Encontraron la puerta principal semiabierta, golpeando suavemente contra el marco. El rechinar de las bisagras era monótono y tímido, apenas perceptible. Una vez adentro, un olor ácido, penetrante, invadió sus pulmones, haciéndolos toser

descontroladamente. Tapando sus rostros con sus camisas, llamaron a Amadeo. Sin obtener respuesta, recorrieron la casa buscando cualquier pista de su paradero.

—Fue entonces cuando Javier me comentó que escuchaba un ruido, similar a un zumbido, aunque más suave. Yo pensé que me estaba tomando el pelo. Pero él insistía y, es más, afirmaba que sabía de dónde venía. Lo seguí por los pasillos de la casa,—doña Carmen tomó una pausa, inspirando profundo, su vista pegada al piso— y... efectivamente lo encontramos.

La autopsia de Amadeo Ventura, realizada durante el 31 de mayo del 2023, se detalla a continuación. Deben haber hallazgos, conversaciones, que no pude agregar a este relato. Tenga piedad de mí, querido lector, pues nunca he visto un caso como este. Por mucho que desee buscar las palabras correctas, estas se han escapado de mí; por mucho que desee recordar, los recuerdos se tergiversan, se mezclan y me acechan. Soy víctima de mis memorias y mis pensamientos absurdos. Escribiendo esto, intento convencerme de que lo ocurrido no es real. ¿Cómo podría serlo? Y aún así, no puedo dejar de escribir al respecto.

Tal como podrán suponer a partir de la historia de Blanco, don Amadeo fue encontrado muerto en su dormitorio, sin signos evidentes de violencia o la presencia de sustancias ilícitas. A inspección externa, se trataba de un varón adulto con rigidez cadavérica presente, sus ojos bien abiertos. Al momento de la autopsia, medía 1,63 metros, con un peso estimado de 51 kilogramos. Sus proporciones nos dejaron perplejas, puesto que no coincidía con el testimonio de doña Carmen. Tampoco nos hacía sentido su alopecia universal, o el hecho de que se hayan encontrado pelos esparcidos por su casa, su cama y al interior de su ropa. No

parecía que lo hubiese cortado por cuenta propia, o incluso arrancado. Era casi como si estos hubiesen caído por voluntad propia.

No se evidenciaron signos de estrangulación, asfixia o heridas cortantes. Eso sí, se encontraron “agujeros” en su abdomen y espalda. Con la doctora no llegamos a un consenso de lo que eran, creo que lo anotamos como escaras, mas eran secas, profundas y muy bien delimitadas. Demasiado bien delimitadas. Era casi como el hoyo que queda después de una excavación en terreno.

A partir de la apertura toracoabdominal, nos encontramos con una cavidad torácica reseca, árida. Nos daba miedo hacer un movimiento en falso porque los pulmones se desintegraban en nuestras manos. Nos quedábamos con unas láminas delgadas y curvadas, similares a virutas. Apenas pudimos pesar el corazón, y analizar las coronarias fue una tarea imposible.

No tuvimos mayor suerte en la cavidad abdominal, puesto que nos ocurría lo mismo. Fue frustrante volver a encontrar estos mismos agujeros que les mencionaba perforando el hígado, los riñones y todo el tracto gastrointestinal. Estos eran más pequeños y circulares, como pequeñas mordidas. Quise hacerle el comentario a la doctora, pero vi en su expresión que no deseaba mi opinión, incluso si ella pensaba lo mismo. El patrón se repitió cuando quisimos ver su cabeza. Sacamos algunas muestras para un análisis histológico antes de cerrar el cuerpo.

Eran las dos, tres de la mañana, creo, cuando la doctora me hizo una pregunta, antes de terminar.

—¿No se te olvidó agregar algo?

Entrecerré los ojos y negué con la cabeza. Ella, en tanto, abrió los suyos con sorpresa (de mi imbecilidad, supongo), y señaló con el dedo varias veces los brazos y piernas de Amadeo. Asentí y me disculpé. Me di la vuelta para estar a su lado.

—Descríbeme lo qué ves.

La razón detrás de por qué recuerdo tan vívidamente esta imagen nunca la sabré. A veces aparece ante mí cuando voy en la micro, estudiando, en sueños. Los pies de Amadeo, oscuros y podridos, con largos cortes sin sangre que partían desde la planta, hasta llegar—sin interrupciones—a la pantorrilla. En sus manos, cinco dedos faltaban, dos de su mano derecha, tres de la izquierda. Sin signos de violencia, sin signos de autolesiones; un corte limpio. Era casi como si estos hubiesen girado sobre sí mismos, cayéndose por efecto de la gravedad. Apéndices que ya servían sólo de accesorio.

Se estableció la causa de muerte como “indeterminada”. El funeral fue unos días después. Casi todo el pueblo fue a ver como su héroe regresó a la tierra como una sombra de sí mismo. De él sólo quedó atrás su buena voluntad y cariño; un legado del cual Amadeo estaría orgulloso, aunque no estaría muy satisfecho sabiendo el final de su historia.

Yo creo que la doctora Gutiérrez estaba lista para ver mi carta de renuncia. Me sorprendí, eso sí, al saber de la suya. Muchos decían que amenazaba con retirarse hace años, pero no había tenido la voluntad de hacerlo hasta ahora. Desde entonces, no he escuchado de ella. Me conformé con seguir sacando más certificados para el CONISS. Actualmente estoy trabajando en el hospital del pueblo. No puedo quejarme, me ha ido bien dentro de todo. Los pacientes son muy amables conmigo, y puedo visitar a mi abuelo por las tardes. Tengo amistades, me río, me gusta mi trabajo. Pero cuando voy caminando de regreso a mi casa, y me encuentro con un animal muerto, un tronco podrido, regreso a esa incógnita, al olor ácido de un mal morir.

El otro día estaba sentada en el jardín de mi abuelo, desde donde alcanzo a ver la antigua casa de don Amadeo Ventura. La gente siempre la mira, aunque no se atreven a subir. Tienen susto de contagiarse de algo. La fábrica quería apropiarse de los terrenos, pero los vecinos lucharon para que no sucediera. Quedó todo como estaba. Excepto el maitén, claro está. Su caquéxico tronco y sus débiles ramas han ido desintegrándose un poco cada día. Ninguna hoja quedaba por caer.

Conocí a doña Carmen el otro día, en la casa de mi abuelo. Le conté cómo yo sabía de don Amadeo. Blanco tiene razón, es sumamente dulce. Decía ella que vivía en una casa cercana al cerro, la que tenía un peumo en la entrada. La ubicaba a la perfección.

—Quiero agradecerte por tu esfuerzo, querida. No debe ser fácil lo que viste.

—Y menos para usted. Lamento mucho su pérdida, parecía una gran persona.

—Sí, lo era... Lo sigue siendo, sobre o bajo la tierra.

Después de un tecito, la acompañé a su casa. Una mano sobre mi brazo, y la otra sobre su bastón, me contaba sobre toda su vida, sin pausas ni interrupciones. Le pregunté por el bastón. Me dijo que sentía sus piernas débiles y que tenía heridas que le dolían al caminar. Le pedí que fuera al hospital lo antes posible, y me prometió que así lo haría, una vez que terminara de hablar con unos representantes de la fábrica; un tema legal que por más que me explicara, no llegaba yo a entender. La dejé en la entrada de su casa, donde se despidió de mí con mucho cariño. No tengo ni idea por qué lo hice, pero mis ojos se posaron sobre el peumo de su entrada. Su querido peumo, cuyas hojas seguían intactas, mas su tronco había enflaquecido, con agujeros y manchas que invadían su base y prometían terminar con este prontamente.

—Oiga, doña Carmen, quería hacerle una pregunta sobre don Amadeo. Si no le incomoda, por supuesto.

Paró en seco, y se dio la vuelta para verme.

—Cualquier cosa, pregúntame.

—Usted decía que el árbol también estaba en mal estado, como muerto. ¿Fue después de la muerte de don Amadeo, o antes de este?

Ella movió la cabeza, mostrándome una expresión que no había visto antes, y cuyo significado no pude comprender.

Y luego respondió:

—No sé, cariño. Como al mismo tiempo. Creo que se murieron juntos.